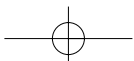
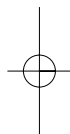
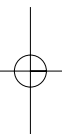
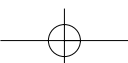
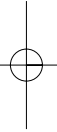
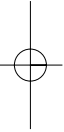


Bouvard y Pécuchet





1

Como hacía treinta y tres grados de calor, el bulevar Bourdon estaba absolutamente desierto.

Más abajo el Canal Saint-Martin, cerrado por las dos esclusas, desplegaba en línea recta sus aguas retintas. Había en el centro una lancha llena de leña y en la orilla dos filas de barricas.

Del otro lado del canal, entre las casas separadas por depósitos, un gran cielo puro se recortaba en láminas de ultramar y con la reverberación del sol deslumbraban las fachadas blancas, los techos de pizarra, los muelles de granito. Desde lejos subía en la atmósfera tibia un rumor confuso, y todo parecía embotado por la ociosidad del domingo y la tristeza de los días de verano.

Aparecieron dos hombres.

Uno venía de la Bastilla, el otro del Jardín de Plantas. El más alto, vestido de lino, caminaba con el sombrero echado hacia atrás, el chaleco desabrochado y la corbata en la mano. El más bajo, con un cuerpo que desaparecía en una levita de color castaño, llevaba en la cabeza gacha una gorra de visera puntiaguda.

Cuando llegaron a mitad del bulevar se sentaron, al mismo tiempo, en el mismo banco.

Para enjugarse la frente se quitaron el sombrero, que cada uno dejó a su lado, y el hombrecito vio escrito en el de

su vecino «Bouvard», mientras que éste distinguía fácilmente en la gorra del individuo de levita la palabra «Pécuchet».

—¡Vaya! —dijo—, a los dos se nos ha ocurrido la misma idea: escribir nuestros nombres en el sombrero.

—¡Naturalmente, cualquiera podría llevarse el mío en la oficina!

—¡Yo también soy empleado!

Entonces se examinaron.

El aspecto amable de Bouvard encantó de inmediato a Pécuchet.

Unos ojos azules, siempre entrecerrados, sonreían en su cara encendida. Los pantalones con alzapón, que en los bajos se arrugaban sobre unos zapatos de castor, le ceñían el vientre y le ablusaban la camisa en la cintura, y el pelo rubio, con ligeros rizos naturales, le daba un aire infantil.

Por los labios entreabiertos emitía una especie de silbido constante.

El aire serio de Pécuchet sorprendió a Bouvard.

Eran tan lacios y negros los mechones que ornaban su alto cráneo, que semejaban una peluca. La cara parecía puro perfil, a causa de la nariz que bajaba mucho. Las piernas, presas en tubos de tela ligera de lana, eran desproporcionadas con respecto al largo del busto, y tenía una voz fuerte, cavernosa.

Dejó escapar esta exclamación:

—¡Qué bien se estaría en el campo!

Pero, según Bouvard, las afueras eran insoportables por el alboroto de los merenderos. Pécuchet pensaba lo mismo. Sin embargo, empezaba a sentirse cansado de la capital; Bouvard también.

Y sus ojos erraban por pilas de piedras para edificar, por el agua horrible donde flotaba un haz de paja, por la chimenea de una fábrica que se erguía en el horizonte; de las alcantarillas emanaban miasmas. Se volvieron del otro lado. Entonces se enfrentaron con los muros del granero público.

—¡Decididamente (y a Pécuchet le sorprendía), hacía aún más calor en la calle que en casa!

Bouvard lo animó a que se quitara la levita. ¡A él poco le importaba el qué dirán!

De pronto un borracho cruzó en zigzag la acera y, a propósito de los obreros, entablaron una conversación política. Tenían las mismas opiniones, aunque quizá Bouvard fuera más liberal.

Un ruido de hierros viejos sonó en el pavimento en medio de un torbellino de polvo. Eran tres calesas de alquiler que iban hacia Bercy, paseando a una novia con su ramillete, burgueses de corbata blanca, señoras metidas hasta las orejas en sus enaguas, dos o tres niñas, un colegial. La vista de esta boda llevó a Bouvard y a Pécuchet a hablar de las mujeres y las declararon frívolas, malhumoradas, tercas. A pesar de todo, eran muchas veces mejores que los hombres, otras peores. En una palabra: era preferible vivir sin ellas; por eso Pécuchet se había quedado soltero.

—Yo soy viudo —dijo Bouvard— y sin hijos.

—¿Y es quizás una felicidad para usted? —Pero a la larga la soledad era muy triste.

Después, en la orilla del muelle apareció una prostituta con un soldado. Pálida, de pelo negro y picada de viruela, se apoyaba en el brazo del militar, arrastrando unas chancletas y balanceando las caderas.

Cuando se hubo alejado, Bouvard se permitió una reflexión obscena. Pécuchet enrojeció y, sin duda para evitar una respuesta, le señaló con la vista a un sacerdote que se acercaba.

El eclesiástico cruzó con lentitud la avenida de magros olmos que jalonaban la acera y Bouvard, no bien perdió de vista el tricornio, confesó su alivio porque detestaba a los jesuitas. Pécuchet, sin absolverlos, mostró cierta deferencia por la religión.

Entretanto, caía el crepúsculo y en las casas de enfrente ya habían levantado las persianas. Los transeúntes se hicieron más numerosos. Dieron las siete.

Sus palabras fluían inagotables, las observaciones sucedían a las anécdotas, los temas filosóficos a las consideraciones individuales. Criticaron acerbamente la dirección de puentes y caminos, el monopolio de tabacos, el comercio, los teatros, nuestra Marina y todo el género humano, como quienes han sufrido grandes decepciones. Al escuchar al otro, cada uno encontraba partes olvidadas de sí mismo. Y aun cuando habían pasado ya la edad de las emociones ingenuas, sentían un placer nuevo, una suerte de plenitud, el encanto de los afectos incipientes.

Veinte veces se pusieron de pie, volvieron a sentarse y recorrieron todo el bulevar, desde la esclusa superior hasta la inferior, siempre queriendo marcharse, pero sin encontrar fuerzas para ello, retenidos por una especie de fascinación.

No obstante, ya se despedían y sus manos estaban unidas cuando Bouvard dijo de repente:

—¡Bueno! ¿Y si cenáramos juntos?

—¡También a mí se me ocurrió —respondió Pécuchet—, pero no me atrevía a proponérselo!

Y se dejó llevar a un pequeño restaurante, frente al Ayuntamiento, donde se estaba bien.

A Pécuchet los condimentos le daban miedo, como si pudieran incendiarle el cuerpo. Esto fue objeto de una discusión sobre medicina. Después ensalzaron los adelantos de las ciencias: ¡cuántas cosas por conocer, cuántas investigaciones... si hubiera tiempo! Pero, ay, la tarea de procurarse el sustento los absorbía, y levantaron los brazos de asombro y estuvieron a punto de abrazarse por encima de la mesa al descubrir que los dos eran copistas, Bouvard en una casa de comercio, Pécuchet en el Ministerio de Marina, lo cual no le impedía dedicar todas las noches algunos momentos al estudio. Había advertido algunos errores en la obra de Monsieur Thiers y habló con el mayor respeto de un tal Dumouchel, profesor.

Bouvard lo aventajaba en otros aspectos. La cadena de pelo de su reloj y su manera de batir la vinagreta con mostaza denunciaban al viejo verde lleno de experiencia, y comía con la punta de la servilleta metida debajo del brazo, contando cosas que hacían reír a Pécuchet. Era la suya una risa peculiar, una sola nota muy baja, siempre la misma, emitida a largos intervalos. La de Bouvard era continua, sonora, le descubría los dientes, le sacudía los hombros y hacía volver la cabeza a los parroquianos que estaban en la puerta.

Terminada la comida fueron a tomar café a otro establecimiento. Pécuchet, contemplando los picos de gas, gimió por los excesos del lujo; después, con gesto desdeñoso, apartó los periódicos. Bouvard era más indulgente. Le

gustaban todos los escritores en general y había tenido en su juventud condiciones para ser actor.

Quiso hacer pruebas de equilibrio con un taco de billar y dos bolas de marfil, como Barberou, uno de sus amigos. Invariablemente caían y, rodando por el piso entre las piernas de los parroquianos, iban a perderse a lo lejos. El camarero, que se levantaba para ir a buscarlas en cuatro patas, debajo de las banquetas, terminó por quejarse. Pécuchet discutió con él, intervino el patrón; Pécuchet no escuchó sus excusas e incluso protestó por la cuenta.

Propuso a continuación terminar la noche apaciblemente en su domicilio, que estaba muy cerca, en la calle Saint Martin.

Apenas entró se echó sobre los hombros una especie de camisola de indiana e hizo los honores de la casa.

Había justo en el centro un escritorio de pino de ángulos incómodos, y alrededor, en anaqueles, sobre las tres sillas, en el viejo sillón y en los rincones, desordenados, varios volúmenes de la *Enciclopedia Roret*, el *Manual del magnetizador*, un Fénelon, otros libros viejos y montones de papeles, dos cocos, diversas medallas, un gorro turco y conchas traídas del Havre por Dumouchel. Una capa de polvo aterciopelaba las paredes, en otros tiempos pintadas de amarillo. El cepillo de los zapatos estaba abandonado en el borde de la cama, con las sábanas colgando. Había en el cielo raso una gran mancha negra producida por el humo de la lámpara.

Bouvard, sin duda a causa del olor, pidió permiso para abrir la ventana.

—¡Se volarían los papeles! —exclamó Pécuchet, que además temía las corrientes de aire.

Pero jadeaba en el cuartito calentado desde la mañana por la pizarra del tejado.

Bouvard le dijo:

—En su lugar yo me quitaría la camiseta.

—¿Cómo? —Y Pécuchet agachó la cabeza, aterrado ante la hipótesis de no llevar camiseta.

—Acompáñeme, tenga la bondad —replicó Bouvard—, el aire exterior lo refrescará.

Pécuchet repasó sus botas mientras murmuraba entre dientes: «¡Usted me hace perder la cabeza, palabra de honor!», y a pesar de la distancia lo acompañó hasta su casa, en la esquina de la calle de Béthune, frente al puente de la Tournelle.

El cuarto de Bouvard, bien encerado, con cortinas de percal y muebles de caoba, gozaba de un balcón con vista al río. Los dos adornos principales eran una licorera en el centro de la cómoda y daguerrotipos de amigos a lo largo del espejo. Una pintura al óleo ocupaba la alcoba.

—Mi tío —dijo Bouvard. Y la luz de la vela iluminó a un señor.

Unas patillas rojas alargaban la cara coronada por un jopo de punta rizada. La corbata alta, el triple cuello de la camisa, el chaleco de terciopelo y la levita negra, lo encorsetaban. En la chorrera había diamantes. Sus ojos se estiraban sobre los pómulos y sonreía con una leve expresión socarrona.

Pécuchet no pudo dejar de decir:

—¡Se diría más bien que es su padre!

Es mi padrino —repuso Bouvard como al descuido, agregando que sus nombres de pila eran François Denys Bartholomé.

Los de Pécuchet eran Juste Romain Cyrille, y tenían la misma edad: cuarenta y siete años. Les agradó esta coincidencia, pero les sorprendió, pues cada uno había creído que el otro era mucho menos joven. A continuación admiraron a la Providencia, cuyas combinaciones son a veces maravillosas.

—¡Porque si no hubiéramos salido hace un rato a pasear, habríamos podido morir sin conocernos!

Y después de intercambiar las direcciones de sus patrones, se desearon buenas noches.

—¡Y nada de ir a visitar a las muchachas! —gritó Bouvard en la escalera.

Pécuchet bajó los peldaños sin responder a la broma.

Al día siguiente, en el patio de Descambos Hnos., telas de Alsacia, calle Hautefeuille 92, una voz gritó:

—¡Bouvard! ¡Monsieur Bouvard!

Bouvard asomó la cabeza por la ventana y reconoció a Pécuchet, que dijo en voz más alta:

—¡No estoy enfermo! ¡Me la he quitado!

—¿Qué es lo que se ha quitado?

—¡Esto! —dijo Pécuchet señalándose el pecho.

Todas las conversaciones del día, añadidas a la temperatura del cuarto y a los trabajos de la digestión, le habían impedido dormir, tanto que no pudo más y arrojó lejos de sí la camiseta. Por la mañana recordó su acción, felizmente sin consecuencias, y quería hacérselo saber a Bouvard, que había ascendido por ello a una prodigiosa altura en su estima.

Pécuchet era hijo de un pequeño comerciante y no había conocido a su madre, muerta muy joven. A los quince años lo habían sacado del colegio para colocarlo con un ujier. Llegaron los gendarmes y el patrón terminó en la

cárcel, cruel historia que todavía le aterraba. Después había probado muchas actividades: alumno de farmacia, pasante en un colegio, tenedor de libros en uno de los barcos del Sena superior. Por fin, un jefe de división, seducido por su letra, lo había contratado como escribiente, pero la conciencia de una educación defectuosa y las necesidades espirituales de ella derivadas, irritaban su humor; vivía completamente solo, sin amante. Su distracción era, los domingos, inspeccionar las obras públicas.

Los recuerdos más viejos de Bouvard lo llevaban a orillas del Loira, al patio de una granja. Un hombre, su tío, lo había conducido a París para iniciarlo en el comercio. Al llegar a la mayoría de edad le fueron entregados unos miles de francos. Entonces se casó y abrió una confitería. Seis meses más tarde su esposa desaparecía llevándose la caja. Los amigos, la buena mesa y sobre todo la pereza, terminaron de arruinarlo. Pero se le ocurrió utilizar su hermosa letra y desde hacía doce años conservaba el mismo empleo en casa de Descambos Hnos., telas, calle Hautefeuille 92. De su tío, que hacía tiempo le había enviado como recuerdo el famoso retrato, Bouvard ignoraba incluso el domicilio y no esperaba nada más de él. Mil quinientas libras de renta y sus gajes de copista le permitían ir todas las noches a un café a echar un sueñecito.

De modo que el encuentro tenía la importancia de una aventura. De inmediato se sintieron unidos por secretas fibras. Además, ¿cómo explicar las simpatías? ¿Por qué tal particularidad, tal imperfección indiferente o bien odiosa en éste, encanta en aquél? Eso que llaman flechazo es verdad para todas las pasiones. Antes de finalizar la semana se tuteaban.